

Loreto y Cándido

Un final inesperado

«No creas que me he olvidado de ti, Cándido», comenzó a decir para sus adentros. «Qué más quisiera yo. Es solo que no me atrevía a hablar contigo. Ya ves... incluso después de muerto, aún te sigo teniendo miedo. Por eso mismo, el otro día, cuando intentaste golpearme de nuevo y justo en ese momento te dio el infarto, pues... qué quieres que te diga, no es que me alegrara, pero tengo que admitir que tampoco me salió llorar». Menudo final tuviste, ¿eh? »

La mujer hizo un ademán de quitarse las gafas de sol con las que ocultaba sus ojos, pero no lo hizo, quizá pensó que su conversación interna sería más íntima cuanto menos luz percibiera.

«Supongo que lo entenderás y si no... es tu problema».

Aunque las palabras no llegaban a salir de su boca y solo ella podía oírlas dentro de su cabeza, aún sentía miedo al pensarlas, pero estaba dispuesta a arrancar los infundados remordimientos que comenzaban a brotar en el fértil campo de su mente, antes de que crecieran y treparan por su conciencia, como la hiedra en la pared.

«Ni una lágrima he derramado por ti en estos siete días y ya puedes esperar sentado si crees que voy a hacerlo ahora. La verdad, Cándido, es que no siento ningún dolor por tu pérdida. No fuiste un buen hombre, ni siquiera supiste ser un buen marido, y menos mal que tuvimos la suerte de no ser padres, porque tampoco eso lo habrías hecho bien».

Miró hacia arriba y quiso mostrar su gratitud al cielo por no consentir que aquel ser despreciable iniciara en ella el camino a la vida de una criatura condenada a sufrir las reacciones cobardes a sus muchas frustraciones.

«Cuánto daño me hiciste, Cándido. Qué mala persona has sido en vida. No sé cómo pude aguantar tantos años a tu lado, debí dejarte hace mucho tiempo, con la primera bofetada que me diste, ¿te acuerdas? Yo sí que me acuerdo, mal bicho. Pero bueno, eso ya da igual. El caso es que tenía que haberte denunciado a la policía ese mismo día y sacarte de mi vida para siempre. Fíjate, si lo hubiera hecho quizá hoy aún estarías vivo».

Aquella reflexión le provocó un extraño escalofrío y buscó algo para taparse, después se volvió a acomodar y recuperó la sorda conversación, borrando de su mente esos últimos pensamientos.

«De todas maneras, tuve muchas oportunidades de denunciarte, motivos no me faltaron, Cándido... reconócelo. Lo que no entiendo es por qué no lo hice. Sí, quizá pudo ser el miedo, no te digo que no, pero también tuve mis momentos de rabia y no me dio por ahí».

De pronto creyó haber encontrado la causa.

«Quizá fue por pena, aunque... no, claro que no, mi odio hacia ti no me dejaba sentir pena alguna, no te hagas ilusiones. Eso sí, ojala tú hubieses sentido algo de pena por mí cuando me veías llorando desvalida, en lugar de olvidarte de mí y largarte al bar o adonde quiera que te fueses».

Algo en su interior hizo que se irguiera de repente.

«No tendrías una amante, ¿verdad?»

Unos instantes después volvió a su posición tras constatar lo absurdo de aquella ocurrencia.

«Tú no valías un carajo, Cándido. ¿Qué mujer en su sano juicio iba a querer nada contigo? Eras canijo, la dentadura la tenías hecha un asco, se te caía el poco pelo que te quedaba y encima tenías un aliento que echaba para atrás».

«No... tú, amante... no, Cándido. La única tonta que se te arrimó fui yo, que ya me vale a mí también. Yo es que no sé qué vi en ti, te lo juro».

De nuevo otro sobresalto la hizo removerse.

«¿No te gustarían los hombres? Mira que eso sí que no te lo perdonaría jamás, Cándido».

De nuevo, poco a poco fue volviendo a su anterior posición.

«La verdad es que nunca te vi interesado por las personas de tu mismo sexo. No, no creo. Vamos, que en tu vida solo estaba yo y mira cómo me trataste, desalmado, mal hombre, mal marido. Ya podías haberte portado mejor conmigo sabiendo que no valías nada y que aun así tuviste la suerte de encontrarme, Cándido. Pero no... tuviste que estropearlo todo, tuviste que hacerme una infeliz todo este tiempo y ahora pretendes que llore tu ausencia, cuando me sacaste a golpes hasta la última gota de mis lágrimas. Ahora estos ojos están secos, Cándido, no verás jamás salir de ellos una sola lágrima».

El sol comenzaba a ponerse, el día acababa y la conversación había llegado a su fin. La mujer se levantó de la hamaca, recogió sus cosas en el bolso de tela multicolor y abandonó la playa rumbo al hotel.

FIN